

# LA HISTORIA DEL SIGLO XX EN BOLIVIA

## ENFOQUES

FASCICULO N° 9

Colecc. LR Beltrán  
PP-AI-125

Beltrán S., Luis Ramiro (2000) **El día que murió La Razón.** En: Fascículo no. 9 de la Serie La Historia del Siglo XX en Bolivia, publicada por la Revista Enfoques. pp. 28-29.

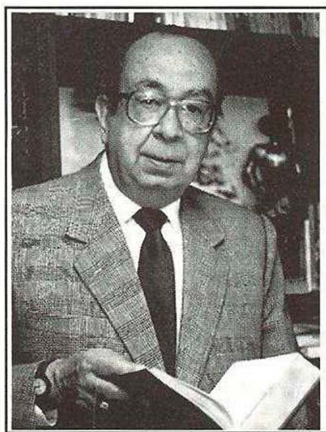


ILUSTRACION: CLOVIS DIAZ

# EL TRIUNFO DE LA REVOLUCION NACIONAL

# EL DIA QUE MURIO LA RAZON

Por: Luis Ramiro Beltrán S \*



\* *N. de R. —ENFOQUES destaca la colaboración del Dr. Luis Ramiro Beltrán, Premio Nacional de Periodismo, quien accedió a escribir, como actor directo, de todo lo que ocurrió en los días previos y en los momentos culminantes que determinaron el silenciamiento del más grande diario boliviano de la primera mitad del siglo veinte. Posiblemente, es la primera vez que se conoce, pormenorizadamente, ese hecho que forma parte de los sucesos ocurridos en abril de 1952.*

**R**áfagas de ametralladora sacudieron a La Paz en la madrugada del 9 de abril de 1952, miércoles de ceniza. Más notorias, explosiones de dinamita me sacaron de la cama cerca de las 7:00 de la mañana. Nada decía la radio. "Son presteríos", adujo mi madre restando importancia a aquello que no era infrecuente en la época. Pero, puesto que el tiroteo y los petardos fueron arreciando, me bañé y vestí rápidamente para ir a mi trabajo en **La Razón**. Soslayando al desayuno, salí a la carrera de mi domicilio de la calle Montevideo como a las 8:00 de la mañana. Nada desusado percibí a lo largo de la Arce. En mi ruta hacia El Prado me encontré con Mario Guzmán Galarza, miembro de la Avanzada Juvenil del MNR. El también iba apurado y tenso. Sin

cruzar palabra sobre los disparos, que parecían provenir mayormente de Miraflores, nos separamos frente a la UMSA.

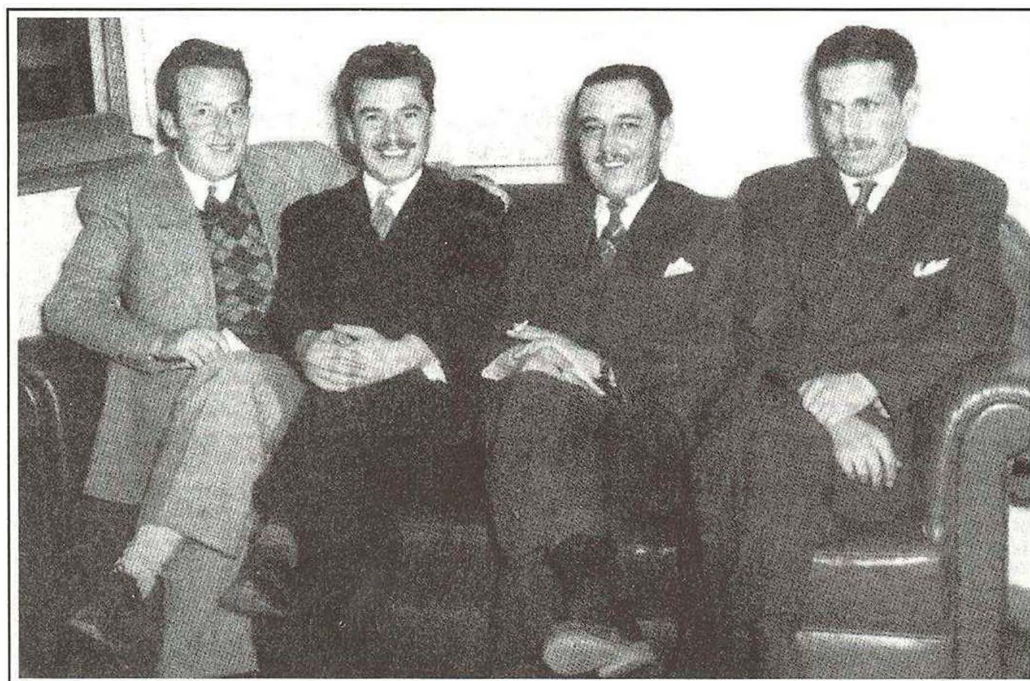
"Hay bullas graves, hermano", me dijo en el taller de **La Razón** don Pablo Arrieta, corrector de pruebas que había amanecido allá. Mientras él se pegaba a un radioreceptor, yo llamé al departamento que ocupaba en el mismo edificio el jefe de Redacción, don José Luis Corujo, quien me dijo que estaba a punto de bajar a su oficina. Pronto apareció también el jefe de Información, Tomás Blacutt. Y a las nueve de la mañana, mientras entraba a trabajar el personal de talleres y de administración, cuatro o cinco redactores — incluyendo a Hugo Alfonso Salmón, José Quiroga y Ramiro Cisneros — ya estábamos en movimiento, no sin dificultades ni sobresaltos, por los centros neurálgicos de la ciudad.

A media mañana se nos hizo evidente que se trataba de un golpe de estado que encabezaba el Movimiento Nacionalista Revolucionario apoyado nada menos que por la propia policía que lo persiguiera sin tregua ni clemencia desde 1947. Destituído en la víspera bajo sospecha, el General Antonio Seleme, Ministro de Gobierno de la Junta Militar que Mamerto Urriolagoitia instaurara en 1951 para escamotear al MNR su triunfo electoral, había traicionado al Presidente Ballivián ilusionado con que asumiría el mando de la nación. A la hora del almuerzo, los insurgentes, encabezados por Hernán Siles Zuazo, parecían haber tomado control de la mayoría de los puestos clave del centro urbano, así como de Miraflores y Sopocachi Alto.

Comandado por el General Humberto Torres Ortiz, el ejército

reaccionó fuertemente contra la insurgencia a partir de las 3:00 de la tarde, descolgándose desde El Alto y Villa Victoria. Ante ello el General Seleme anunció a media tarde por radio su desistimiento y se refugió en una embajada. Grupos de movimientistas amainaron entonces el fuego y algunos pensaron en el repliegue y el desbande. Pero Juan Lechín, presidente de la poderosa Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, llamó al pueblo a la insurrección, logrando masiva y militante respuesta. Y así el golpe iría a convertirse rápidamente en una revolución social armada que iría a tener hondas consecuencias. Movimientistas y obreros lucharon resueltamente contra los militares todo el resto de ese día. Al día siguiente lograron contener la subida del Colegio Militar con el apoyo de aguerridos mineros venidos de Milluni. Soldados y oficiales de bajos grados de varias unidades se fueron plegando entonces a la revuelta y algunos de rango algo mayor se rindieron. Y en el día 11, derrumbada ya la resistencia castrense, Torres Ortiz y Siles Zuazo firmaron en Laja un pacto de tregua que marcó la caída del gobierno y la victoria del levantamiento popular antioligárquico que iría a denominarse la "revolución nacional".

Los redactores de **La Razón** fuimos observando todo ese violento proceso en la medida de lo posible dadas las circunstancias. A órdenes de nuestro director de entonces, don Guillermo Céspedes Rivera, fuimos armando de algún modo la edición, pero su salida resultó inviable el 10 y el 11 de abril en vista de la propia situación. Los revolucionarios se instalaron en el poder, días después llegó del exilio en Argentina el jefe del MNR Victor Paz Estensoro, a quien Siles Zuazo entregó entonces la autoridad de



Respetamos el pie de foto que incluye Ramiro en su libro *Con la Tinta de Imprenta en las Venas: El cuarteto del manejo noticioso de La Razón*: Tomás Blacutt, Ramiro Cisneros, Hugo Alfonso Salmón y José Quiroga.

gobierno, restaurando el dictamen de las urnas.

Nos esforzamos por seguir la pista de todos esos acontecimientos con el fin de cumplir nuestro deber, de informar al país sobre ello. El 14 al mediodía, cumpliendo una instrucción del director, llamé al Palacio de Gobierno para pedir la lista de miembros del gabinete y el texto de cualquier disposición del flamante régimen. Quien respondió al llamado expresó sorpresa, si es que no indignación, porque **La Razón** fuera a seguir saliendo y rehusó con aspereza dar la información solicitada.

Pese a ello seguimos adelante empeñándonos en acopiar datos por recurso a otras fuentes. Pero pronto hubo una llamada al director del Ministro de Gobierno, Coronel César Aliaga - hasta el 10 comandante policial del gobierno anterior - para advertirle que no se atreviera a sacar la



*Grupo de redactores del periódico: Abajo y al centro, las "chicas" de La Razón: Leonor Larrazábal, Nigma González y Celina Moreno. Beltrán, penúltimo de la línea superior.*

## AL ESTALLAR EL GOLPE, DEJO DE CIRCULAR, Y EL 14, TURBAS ENARDECIDAS APEDREARON SU EDIFICIO ANTE LA INDIFERENCIA POLICIAL

edición. Pocos minutos después llegó al periódico Jorge del Solar, militante del MNR que tenía amistad con algunos de los redactores. Les recomendó no arriesgarse a sacar **La Razón** y les avisó que detrás del cementerio general se estaba organizando a gente para atacar al periódico a fin de disuadirlo de su intención. En efecto, no mucho después una numerosa formación de milicianos armados y esgrimiendo pancartas con frases agresivas se posesionó frente a la entrada del edificio del diario, contigua al colegio Don Bosco en El Prado. Menudearon entonces rechiflas y amenazas y luego algunos trataron de destruir la entrada para realizar un asalto a las instalaciones. El doctor Siles Zuazo logró evitar ese intento de saqueo. Sin embargo, la turba enardecida rodeó entonces el edificio y, desde su parte posterior, opuesta al Club Alemán, lanzó hacia las ventanas piedras y botellas con gasolina. Una de ellas alcanzó a la bodega de papel de impresión y causó un principio de incendio que el personal del periódico logró controlar prontamente. Aunque

algo raleados en sus filas, los agresores -que habían llegado hasta allá en camiones de la policía- permanecieron en hostigamiento hasta bien entrada la noche antes de dispersarse. En vano pidió el director la intervención policial pues el Coronel Aliaga le negó rudamente protección alguna.

Dos días después Céspedes envió al Palacio de Gobierno a dos emisarios de confianza -el editorialista Mario Estenssoro, pariente de Paz Estenssoro, y el columnista Walter Montenegro, amigo de algunos líderes movimientistas-. Su pedido de garantías para que **La Razón** siguiera publicándose fue desoído bajo la misma noción de que el gobierno revolucionario nada haría para proteger los intereses del magnate minero Carlos Víctor Aramayo, dueño del periódico. Céspedes denunció entonces lo ocurrido ante la Sociedad Interamericana de Prensa. Luego nos reunió para anunciarnos -con voz entrecortada- la imposibilidad material de seguir adelante "de momento". Nos felicitó por el comportamiento de esos días. Y

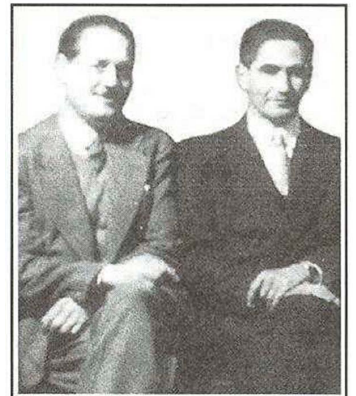
nos comunicó, con pesar, su determinación de salir de Bolivia cuanto antes. El fue el último en dejar el edificio.

El gerente de la empresa editora, Ricardo Roberts, entregó a cada uno de nosotros su carta de liquidación a principios de junio. La mayoría de los empleados de **La Razón** permaneció entonces en Bolivia capeando, cada uno como podía, el vendaval revolucionario. Además de Aramayo y Céspedes, algunos redactores dejaron también Bolivia para buscar trabajo en el exterior; también lo hicieron algunos operarios calificados del taller.

El 31 de octubre del 52 el gobierno aprobó un decreto-ley por el cual dispuso de la nacionalización de las empresas mineras de propiedad de Patiño, Hoschild y Aramayo, los "Barones del Estañó". Este último había inscrito el edificio de **La Razón** entre los bienes de la Casa Aramayo, afectados por dicho decreto. A partir de entonces, en ávido "contrabando hormiga", gentes del régimen fueron extrayendo equipos, maqui-

narias, muebles y otros objetos de valor de las instalaciones del periódico hasta dismantelarlas del todo. Y lo que no pudieron sacar, como la gran prensa rotativa "Hoe", lo dañaron al punto de inutilizarlo.

Así, sin clausura oficial pero con sus accesos bloqueados por cintillos y candados gubernamentales, murió en definitiva el más extraordinario órgano de prensa que Bolivia haya tenido hasta entonces.



*Guillermo Céspedes y Alfonso Crespo R. Dos de los más caracterizados directores de La Razón.*